

# Marxismo y estalinismo: ¿continuidad o ruptura?

Crítica al texto: “El socialismo: ¿desmentido o traicionado?”

*Manuel Aguilar Mora\**

**E**stamos frente a un texto que es puntual con la actualidad ideológica contemporánea de los medios intelectuales, la cual, como se sabe, está marcada por el “neoliberalismo”. Como tal entendemos la filosofía, la ideología y la práctica social centradas alrededor del individualismo, las fuerzas del mercado, la voluntad del “yo”, el rechazo a las cuestiones colectivas y a las soluciones comunitarias. Es la filosofía del triunfo de la razón empírica del individuo colocado en el centro del universo. Clases y masas en movimiento, problemas históricos en la dialéctica, utopías emancipadoras y liberadoras, todo ello es descartado como “ideología” y asumido como elementos distorsionados de la realidad.

El texto, sin embargo, es en cierta forma ambiguo en su principal propósito que es enunciado desde el primer párrafo en la siguiente forma: demostrar que en Marx y Engels se encontraban ya “los gérmenes burocráticos autoritarios” que finalmente se convirtieron en “las burocracias autoritarias y dictatoriales de los países del Este”. En síntesis, la concepción de que en la barbas de Marx se estaba ya incubando a Stalin. Como se sabe, hay teóricos revisionistas franceses —como Furet— que

---

\*Fundador y dirigente nacional del Partido Revolucionario de los Trabajadores, Sección mexicana de la IV Internacional.

van más allá y señalan a los jacobinos, dirigidos por Robespierre, como los paradigmas del totalitarismo estalinista.

Pero al mismo tiempo, precisamente en el párrafo mencionado líneas arriba, el autor también habla de que el fracaso del “socialismo real” que representa la muerte del marxismo como ideología del Estado, plantea también “la urgencia de recuperar su aspecto científicosocial como unos de los principales paradigmas analíticos del mundo contemporáneo”. Pregunto yo: ¿cómo un método o una ideología muerta —como tratará de demostrar en todo su texto el autor— puede al mismo tiempo ser recuperado como paradigma de análisis científico? Esta contradicción no está resuelta en el texto y deja un sabor de eclecticismo al final de su lectura, pues el autor se quedó desde el principio atrapado en ella.

A continuación el autor plantea la cuestión fundamental que ha sido reivindicada por el marxismo revolucionario desde 1917 —exponentes de esta corriente son desde Rosa Luxemburgo hasta Trotsky, pasando por Lenin mismo quien fue el primero en definir a la URSS como una república de trabajadores deformada burocráticamente— a saber: ¿hasta qué punto la realidad soviética reivindica a la teoría marxista o la niega y la anula?

Obviamente la forma elemental de constatar esto es confrontando los textos libertarios y revolucionarios de Marx —desde los *Manuscritos económico filosóficos* de París de 1844— hasta los de Lenin —*El Estado y la revolución*, entre otros— y del propio Trotsky, quien en *La revolución traicionada* escribió la crítica marxista clásica de la burocracia soviética insuperable hasta hoy y de cuya mesa se han nutrido diversas corrientes críticas socialistas. Como lo dice el autor:

se puede salvar el marxismo teórico sólo a condición de demostrar que aquello que ha sido construido en su nombre es una deformación del mensaje original.

Pero el autor hace suyos los planteamientos de Pellicani: “tal operación, cualquiera que sea la probabilidad intelectual de que se cumpla, es gravemente incorrecta”. Además de calificarla de “insidiosa”, “ilusionadora”, esta operación es por completo descartada con la acusación de que podría alimentar “la promesa social de un mundo sin clases y sin Estado”. Lo cual es consternante para Pellicani tanto como para el autor criticado. Para este último “el desmentido de la historia” ha sido inapelable contra el marxismo (¿y qué queda de su paradigma científico?) y para demostrarlo propone un método: “hacer hablar a los mismos que lo han elaborado”. O sea, la historia movida por ideas, ya sabido desde los textos del viejo Hegel.

Así, el autor cree encontrar “el método perfecto” para descalificar a los marxistas y leninistas cuya práctica “objetivamente” —y es el autor mismo quien entrecomilla— conduce a los nefastos resultados que todos sabemos, a pesar de las buenas intenciones, las cuales el autor acepta que pueden existir.

A continuación el autor seguirá el curso propuesto por Pellicani, quien lo llevará al interior de la crítica al marxismo.

1. *El proletariado como categoría metafísica*. Discrepa de la visión de Marx, quien ve en el proletariado el sujeto de la acción revolucionaria transformadora por antonomasia de la sociedad capitalista. Discrepa de la teoría del partido leninista y se apoya en críticas de otros marxistas como Luxemburgo, Trotsky y Plejanov.



2. *La falsa y la verdadera conciencia.* Niega la teoría de la enajenación (alienación) de Marx. Considera falsas las argumentaciones marxistas que conciben al proletariado y a las masas oprimidas sometidos a una “conciencia falsa” de su situación. Impugna la atribución “mesiánica” de Marx y Engels de hacerse los depositarios e intérpretes del “Telos” de la historia revolucionaria.

Este rechazo no le permite comprender al autor las diferenciaciones en la conciencia popular. No hay “un nivel de conciencia” popular, hay diversos. Y lo que Marx apunta es que esos niveles están en gran parte determinados por la ideología dominante.

3. *Confronta a Bakunin con Marx.* La cita de Bakunin (pág. 9) podría parecer una premonición del totalitarismo estalinista. Pero su final traiciona al espíritu de Marx; según Bakunin, Marx habla de

emancipación de las masas para “luego sojuzgarlas”. Como se sabe, Marx planteaba que “la liberación de los trabajadores sería obra de los trabajadores mismos”. Y el socialismo, ante todo, debía considerarse como “la libre asociación de los productores”. Que la “dictadura del proletariado” para Marx era la “dictadura de la mayoría” y no de un déspota como Stalin, está lejos de la visión prejuiciada de Pellicani y su correligionario en México. ¿Acaso es posible pensar que “Marx no quiso tomar en cuenta nunca la hipótesis de la degeneración de la dictadura revolucionaria”? Todos los datos señalan que en efecto Marx no tomó en cuenta dicha hipótesis como otras más del futuro socialista. Hoy podemos decir que para nuestra mala suerte, Marx se negó siempre a hablar de las formas que tendría un futuro socialista o una sociedad de transición más allá de fórmulas muy generales: la revolución comunista estallaría en los países más avanzados, en la punta de la civilización, la historia se haría en función de los acervos ya logrados en el capitalismo y no retrocediendo sobre ellos.

¡Francamente es insostenible decir que Marx es el padre intelectual del estalinismo!

### El elogio del terror

El autor, siguiendo nuevamente al teórico italiano Pellicani, sostiene que Marx no hablaba de “una democracia superior” cuando se refería a la “dictadura del proletariado”. Señala, en primer lugar, que en efecto, Marx y Engels fueron muy parcos sobre el tema. No avanzaron mucho en sus análisis al respecto. Pero después afirma algo que va completamente en contrasentido al meollo del pensamiento

político marxista: “En el esquema del materialismo histórico no existe lugar alguno para la democracia pluralista” (pág. 10). La razón sería porque son partidarios de la lucha de clases, la cual lleva “a la guerra” y, por cierto, en “la guerra no hay democracia”. Aquí el autor confunde el acto mismo de la revolución, en el cual la violencia es necesaria —así ha sido desde la Revolución francesa— con el resultado de la revolución, el Estado revolucionario. Sabemos que la experiencia soviética en su primera etapa (1917 y 1918) quiso implantar la democracia de partidos dentro de los *soviets*. Sabemos también que fueron razones básicamente externas las que impidieron que esa democracia cristalizara: el cerco militar y bélico de los imperialismos “democráticos” de Estados Unidos, Francia e Inglaterra.

El otro argumento para fundamentar la supuesta propuesta predictatorial y no democrática de Marx, es su apoyo al terrorismo jacobino.\* ¿Qué esperaban de revolucionarios a mitad del siglo XIX? ¿Acaso la experiencia jacobina de 1792-93 no era para ellos la culminación de la experiencia revolucionaria?

Es cierto que Pellicani y el autor reniegan no sólo de Lenin sino de Robespierre; no sólo de la revolución socialista, sino de la burguesa. En fin, ellos, a diferencia de Marx y Engels, no son revolucionarios. Y la revolución, en efecto, o se impone al viejo régimen o no triunfa. ¿Ejemplos? Alemania 1919-33; Francia 1936-39, España 1936-39, China 1926-27, Italia 1945-48, Chile 1973, etcétera.

\* Como se sabe, Marx quiso pero no pudo escribir una historia de la Convención republicana y para ello realizó sus típicas caudalosas lecturas del tema. Una investigación detallada mostraría que Marx tuvo una visión mucho más matizada de los jacobinos de lo que se supone.

## Supresión del mercado

Para el autor que nos ocupa, la crítica marxista a los fundamentos de la economía capitalista —o sea, la separación/enajenación del productor de su producto, la imposición ciega de las leyes del mercado sobre los productores, la explotación capitalista del trabajo asalariado— son meros prejuicios sin ninguna validez (suponemos que “científica”, aunque el autor no explicita la palabra).

Crítica el concepto de comunismo de Marx y Engels en tanto “estatización integral de la vida económica, administración monopólica y centralizada en todas las ramas de la producción, y por tanto, necesariamente su distribución centralizada de las mismas” (pág. 13). Considera “mitológica” la crítica marxista del mercado y sus consecuencias deshumanizantes. Con certeza y seguridad van apareciendo en el autor los conceptos claramente procapitalistas.

Peró para hacer un pequeño rodeo desorientador, el autor se identifica con posiciones anarquistas. Veamos. Para lograr la identificación de los socialistas libertarios (anarquistas para él) con posiciones antimarxistas, el autor, con Pellicani, debe recurrir a la identificación de las posiciones marxistas con las estalinistas. Así, para ellos la degeneración burocrática soviética fue lo que Marx y Engels avizoraron como *socialismo*: “la fusión del poder económico con el poder político en una estructura imperativa única del Estado planificador, no puede dejar de volver más duro el estado de sujeción de los obreros, privados de todo instrumento de protesta y resistencia” (pág. 14).

Para Pellicani y nuestro autor lo que pasó en la URSS burocratizada y estalinizada habría dado razón a los juicios de Proudhon expresados poco antes de morir.

Este recurso a Proudhon y a Bakunin para contraponerlos a los conceptos marxistas de socialismo y dictadura del proletariado es típico de la crítica del texto. Completamente libresca y alejada de la historia y de la vida misma de la revolución mundial y, por tanto, rusa. Para Pellicani y nuestro autor no existe el imperialismo, no existe la guerra mundial de 1914-19, no existe la “Revolución permanente” en el sentido que le dio Trotsky, donde las contradicciones imperialistas condujeron a que el primer país que rompiera la cadena capitalista no fuera, pese a lo que Marx y Engels creían, uno de los más desarrollados como Alemania, Estados Unidos o Francia, sino un país atrasado que quedó aislado como resultado del fracaso de la revolución mundial. Obviamente que Marx y Engels no podían haber previsto la degeneración estalinista porque por principio tampoco fueron partidarios de ir más allá de generalidades en el esbozo de la generación de la nueva sociedad que surgiera de la revolución socialista.

Para Marx, la etapa inferior del comunismo era identificada como una sociedad que desde el principio era superior al capitalismo más avanzado. Ahora bien, como todo el mundo sabe, la Rusia capitalista estaba muy atrás de la Europa occidental capitalista. Era imposible que si quedaba aislado —como quedó— el “socialismo” soviético superara los niveles capitalistas occidentales. De hecho, aunque en forma contrapuesta, los autores convergen con los estalinistas. Ellos también describían a la URSS como una “sociedad socialista” de acuerdo con los moldes marxistas. Por diferentes caminos Pellicani y nuestro autor llegan al mismo lugar que los estalinistas.

Trotsky lo explicó perfectamente en *La revolución traicionada*, escrita en 1936, hace más de cincuenta años:

Si Marx llamó a la sociedad que se fundaba sobre las bases de la socialización de las fuerzas productivas del capitalismo más avanzado de su época, la etapa inferior del comunismo, entonces esta designación no se aplica obviamente a la Unión Soviética, que es todavía hoy considerablemente más pobre en técnica, cultura y las buenas cosas de la vida que los países capitalistas. Sería entonces más correcto nombrar al régimen soviético actual con todas sus contradicciones, no un régimen socialista, sino un régimen *preparatorio, transicional* del capitalismo al socialismo.

¡Palabras en verdad tan aplicables hoy a la URSS de Yeltsin y Gorbachov como a la URSS de Stalin de hace medio siglo!

Y con más precisión, Trotsky explica —lo que está más allá de la comprensión de los Pellicani y sus seguidores en México—: “Una economía socialista con una técnica superior a la del capitalismo tendría realmente garantizado su desarrollo socialista sin problemas —diríamos incluso, automáticamente— algo que desafortunadamente es todavía del todo imposible de decir de la economía soviética.”

Y esto dicho en 1991 es aun más evidente cuando el ala prorestauracionista del capitalismo encabezada por Yeltsin tiene más fuerza que nunca, a pesar de que después de que Trotsky escribió esas palabras la URSS progresó hasta convertirse en la potencia adversaria más importante de Estados Unidos, pero sin poder colmar la brecha en productividad del trabajo y nivel de tecnificación que la separaba del imperialismo en líneas generales.

Ante esta realidad concreta que adquirió la primera experiencia revolucionaria socialista triunfante en la URSS, ¿no son acaso patéticas las lamentaciones de los que eluden estas realidades citando a teóricos

del siglo XIX por completo fuera del contexto en que se desarrolló la revolución en el siglo XX? ¿En qué representa la burocracia estalinista “la sociedad en que los productores se organizan entre ellos mismos” como Marx definía al socialismo? ¿Cómo se puede demostrar que “la dictadura del proletariado” de Marx es idéntica a “la dictadura del secretario general” de Stalin?

### Dictadura y democracia en Marx

Tanto Pellicani como nuestro autor deben aceptar que la concepción del Estado de los trabajadores, identificado por Marx con la dictadura del proletariado, expuesta en *La guerra civil en Francia*, texto analítico de la Comuna de París de 1871, es, en tanto concepto, acorde con una visión democrática, autogestionaria y antiestatista, de la cual, según ellos, se apartó Lenin.

¿Cuál es el recurso teórico de nuestros autores ante la contundencia de la vocación democrática de Marx en este escrito? Increíble, pero cierto, declararlo como “una anomalía en el imponente corpus teórico de Marx” (pág. 18). ¿Qué decir ante tamaña “consecuencia teórica”? Según estos críticos, Marx fue un astuto táctico que se disfrazó con las pieles mutualistas y federalistas sin dejar su verdadera esencia jacobina y autoritaria.

Es sorprendente que se consideren “autoritarios” textos completamente realistas como el siguiente, de Engels: “Una revolución es ciertamente la cosa más autoritaria que existe: es el acto por la cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de los fusiles, las bayonetas y los cañones; se trata de medios autoritarios; y el partido

victorioso no puede haber combatido en vano; debe continuar este dominio con el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios.” ¿Quién es el “autoritario”, la revolución o Engels?! En la propia experiencia de la Comuna, ¿acaso no ante la derrota del “terror revolucionario” se impuso el terror blanco de los versalleses que masacró a 70 mil comuneros como precio de su victoria? ¿Pretenden nuestros autores que la comuna hubiera podido triunfar menos sangrientamente que la Primera república jacobina de 1792-93? Y después de esa experiencia, ¿acaso las revoluciones del siglo XX no demuestran hasta la saciedad este autoritarismo “surgido naturalmente de la situación en que se confrontan irreductiblemente los dos campos en pugna en una lucha a muerte? Verdaderamente parece difícil discutir con tales ilusiones teóricas.

El “autoritarismo” inevitable de una revolución en marcha no se opone a los resultados democráticos de tal revolución victoriosa, a su vez, dependientes del entorno internacional contrarrevolucionario que los amenaza constantemente: así pasó en la URSS (¿cerco imperialista de 1917 a 1920!), en China (¿guerra de Corea!), en Cuba (¿invasión a Playa Girón en 1961 y un bloqueo económico asfixiante de 30 años!), en Nicaragua (¿los Contra desangraron durante seis años a la revolución!), y así sucederá con las próximas revoluciones que deberán ser “autoritarias” con sus enemigos... si quieren triunfar.

Pero el método de nuestro autor sigue siendo peculiarmente arbitrario. Mide con una vara más alta y pesada comentarios privados de Marx en donde el pensamiento se aventura a especulaciones asistemáticas (las cuales alimentan a todo sistema, después de todo) que a su texto público, pensando exhaustivamente (redactó dos borradores antes de decidirse

por la versión final) y que ha sobrevivido como la expresión más alta de su concepción de la dictadura del proletariado. Más que “anomalía”, *La guerra civil en Francia* fue el modelo por excelencia en el que abrevaron desde entonces los marxistas revolucionarios.

Lenin, el primero, entre ellos. Aquí el autor es por completo injusto y desleal con el texto más democrático y libertario escrito por el dirigente bolchevique, *El Estado y la revolución*. En él Lenin dice con fuerza y claridad, negro sobre blanco, que el “Estado proletario” es un Estado peculiar y diverso a todos los anteriores pues comienza, desde su inicio, a “extinguirse”. Aplica así simplemente el argumento planteado por Marx en su estudio de la Comuna.

Trotsky precisamente contrapuso esta teoría leninista a la realidad de la URSS estalinista para explicar el alejamiento cada vez mayor de la práctica burocrática del ideal leninista. Dijo él en *La revolución traicionada*:

*Aun con la mayor capacidad imaginativa sería difícil concebir un contraste más notable que el existente en el esquema del Estado obrero de acuerdo con las definiciones de Marx, Engels y Lenin y el Estado actual encabezado por Stalin. Aunque continúan publicando las obras de Lenin (claro está, con extractos y distorsiones de la censura), los dirigentes actuales de la Unión Soviética y sus representantes ideológicos ni siquiera se plantean la cuestión de las causas de tan elocuente divergencia entre el programa y la realidad.*

Tanto Pellicani como el autor mexicano no alcanzan a discernir y comprender la operación concebida por Marx y sus seguidores en su categoría de la dictadura del proletariado. Una fuerza que se erige centralizada y firme contra los enemigos de la re-

volución —de allí su “autoritarismo”— y que comienza a “extinguirse” por el ejercicio vasto y profundo de la democracia autogestionaria de las masas trabajadoras.

“Extinción”, “destrucción”, “desaparición” del Estado son conceptos marxistas y leninistas en el más completo sentido de las palabras. Es la experiencia estalinista la que erige el estatismo exacerbado como la característica *non plus ultra* del “socialismo”.

Para Marx, Engels y Lenin su “extinción” debía comenzar desde su aparición. Es esta distorsión de la teoría y la práctica, del “programa y la realidad” la que condujo a la tragedia soviética y las contradicciones bolcheviques de 1919-1924, aunque no son responsables de los crímenes estalinistas (¡entre otras cosas por la simple razón de que fueron sus víctimas!), si se desgarraron ante una realidad flagrantemente cada vez menos democrática, producto de la guerra civil y la crisis económica.

### **El dominio del hombre por el hombre**

La estatización completa y sin apelaciones habría conducido a una nueva opresión cobijada por los principios marxistas. Aquí estamos ante una nueva malinterpretación de la experiencia bolchevique. La estatización completa no es un factor *sine qua non* del socialismo y la NEP, impulsada por el “estatólatra” Lenin, lo comprobó hasta la saciedad. Fue Stalin quien viró 180 grados de la NEP a la industrialización forzada, criticada ácidamente por Trotsky, y fue Stalin quien condujo el concepto de planificación económica a la práctica burocrática de la economía centralizada bajo el comando del Gosplan con toda la cauda de ineficiencia y problemas que hoy conocemos.

Los dos autores criticados no podrían demostrar jamás que para el marxismo “la idea de un sistema económico descentralizado es extraño a su visión de la sociedad armoniosa” (pág. 22). Y tampoco es correcto identificar descentralización con mercado.

Y aquí se inicia uno de los argumentos más gruesos y pesados: “Entre la teoría de Marx y el *Gulag* de Stalin la coherencia y continuidad son absolutas, directas, necesarias” (pág. 23). ¿Qué decir ante tal salto mortal teórico? ¿Cómo dialogar y argumentar con esta clase de distorsiones y malinterpretaciones? ¿Qué fue el baño de sangre que Stalin provocó con el martirio y sacrificio de todos sus opositores comunistas, leninistas, bolcheviques? ¿No fue acaso un marxista, un comunista, el primero y más consecuente opositor de Stalin desde 1923: León Trotsky?

Las últimas páginas se deslizan rápidamente sobre la escena de los acontecimientos conmocionantes que se han desarrollado desde 1989 en Europa oriental, en la República Popular de China y en la URSS. Significativamente no hay la menor mención a la otra vertiente de los acontecimientos: la prepotente ofensiva del imperialismo estadounidense en Panamá, en Irak; los prolegómenos de una guerra económica entre los tres bloques capitalistas que se delinean alrededor del Japón, Alemania y, por supuesto, EUA.

De hecho, aquí el autor acelera su velocidad hacia un final anticlimático con respecto a la alta tensión con la que mantuvo su polémica con Marx. El texto se resbala y acaba señalando lo más obvio de la escena internacional: la poderosa influencia de las tendencias restauracionistas procapitalistas en la URSS y Europa oriental. Sin embargo, los acontecimientos de agosto de 1991 en la URSS que se inscriben en esa

tendencia abren también nuevas posibilidades. Al inapelable derrumbe del estalinismo ha correspondido un esbozo de movilización de masas. Ciertamente, la enajenante y aun más derechista y restauracionista dirección de Yeltsin no garantiza de ninguna forma un final feliz. Pero la enorme ex Unión Soviética se precipita hacia transformaciones gigantescas. En principio no se puede eliminar una solución en que las masas tengan un rol mayor del que hoy tienen y que en el proceso comprendan poco a poco la disyuntiva que se les presenta: o restauración capitalista o creación de un socialismo democrático.

El texto se hunde al final en la retórica de las publicaciones burguesas sobre los acontecimientos cotidianos de la URSS y Europa del Este. No hay un desprendimiento teórico y Marx acaba siendo, después de todo, el origen nefasto del “totalitarismo planificado y cuartelario” más que el dirigente revolucionario en busca de la emancipación humana. Aquí es otro tema el que habría que desarrollar y lo dejamos para una nueva ocasión.

Finalizamos. El texto que hemos pasado por la criba crítica no deja de tener algunas ideas fructíferas pero ellas se hunden en la inconsistencia y la hostilidad del autor hacia el marxismo. El autor y su texto expresan a la perfección los tiempos duros que vivimos y los expresan con una visión reaccionaria y retardataria del momento actual.

Es un texto que se inserta en el escenario ideológico neoliberal que priva en los círculos gobernantes de México y de los países imperialistas. Pero como sujeto para un ejercicio de la crítica puede redimirse y convertirse en el pretexto para aclarar y profundizar en los temas clave de la política mundial como son socialismo, dictadura, democracia, paz, guerra, imperialismo. En fin, el futuro de la humanidad.